

GUY DE MAUPASSANT ATLETA por Guillaume Apollinaire

Porque consagró una importante parte de su existencia a su desarrollo físico, Guy de Maupassant no ha dejado nunca de interesar a los hombres de deporte, pero como una lamentable anomalía, como una contradicción deportiva más que como un modelo, como un ejemplo indudable. Ocurrió, en efecto, que murió con la razón en penumbras, este robusto normando, orgulloso de su cuerpo y que desarrolló en literatura las concepciones un poco restringidas de Flaubert.

Maupassant que, por algunos aspectos de su talento, se vincula a la tradición más francesa, sino a la más clásica, y que, a causa de su fidelidad en seguir la disciplina realista, considerada todavía hoy como un parangón de salud espiritual, acaba sus días con accesos de frenesí y divagaciones, cuyas angustias describe en un relato: *El Horla*, que en posesiones de sus facultadas mentales, un francés no habría escrito, pero que, debida a un americano, a un inglés o incluso a un alemán, no se le acusaría más que de un poco de miseria moral a lo sumo, pero desde luego en absoluto de locura.

La juventud de Maupassant fue vigorosa y espléndida. Se dedicó con pasión a los deportes marítimos y desarrolló sus músculos mediante el remo, los ejercicios de la vela, la natación y la pesca. ¡Cómo amaba el mar! Más tarde y más lujosamente, le solicitará que lo abrigue y que le proporcione esa soledad de la que, enfermo ya, sentía necesidad sin cesar. De niño, partía con los marineros de Yport y pasaba noches recogiendo las redes. Las tempestades no le asustaban. Los pescadores lo adoraban y, encontrándolo valiente y bastante capaz, lo llevaban con ellos incluso con mar gruesa.

Remaba también en los lagos donde pescaba y cazaba. Pues la caza siempre fue uno de sus deportes favoritos. Ésta le inspiró numerosos relatos: "*La Becada*", "*Un gallo cantó*", "*El lobo*", "*Las Becadas*", etc. El caballo le gustaba igualmente desde su juventud. Cabalgadas, esfuerzos musculares, excursiones a pie, todas esas manifestaciones de una vida intensa, le proporcionaron salud, vigor, esa complexión sólida y ese cuello poderoso del que estaba tan orgulloso.

Adulto, siguió el método que tan bien le había ido de adolescente. Secretario particular del Sr. Bardoux, ministro de Educación, burócrata en el ministerio de Marina, aparece en sus biografías, como un muchacho robusto, alegre, un poco brutal.

Fue en esa época cuando se prendó del río. Lo ama más sin duda que a las mujeres por las que siempre profesó un desdén que a menudo se ha señalado.

«Mi gran, mi única pasión, escribió, durante diez años, fue el Sena.»

Era la época de los famosos sábados y domingos, «los sacrosantos días del remo» de los que habla la correspondencia de Flaubert. Esos días allí, toda labor intelectual cesaba y el joven escritor los dedicaba por entero al Sena, bebiendo su agua, comiendo sus peces en el restaurante Fournaise, en el puente de Chatou.

Sobre una yola: *La Feuille à l'envers*, comprada a medias entre cinco, si se cree en el relato «Mosca», comprada solamente con Léon Fontaine, según un biógrafo, Maupassant pasaba remando jornadas enteras.

Hubiese querido vivir a orillas del Sena. Cada mañana, levantándose antes del amanecer, iba a buscar su yola, fumando su pipa, y no tomaba el tren más que para dirigirse al ministerio después de haber ejercitado seriamente sus músculos.

Era un auténtico atleta que olvidaba toda modestia cuando se trataba de su fuerza física. Contaba con complacencia sus hazañas de remero y se vanagloriaba de haber descendido el Sena desde París a Ruán llevando consigo a dos amigos.

Se dedicaba igualmente a la natación de la que le entusiasmaba el esfuerzo muscular completo que ésta reportaba y también andaba mucho, pues era un caminante intrépido al que ochenta kilómetros no asustaban en absoluto. Se sabe que recorrió a pie Auvernia, Bretaña, Suiza y Córcega de la que mejor que él, nuestro Albert Surier supo distinguir y, por así decirlo, descubrir las bellezas claras y soleadas.

«¡Qué hay más agradable que pensar caminando a grandes pasos! Partir a pie cuando amanece, y caminar bajo el rocío, a lo largo de los campos, a orillas del mar calmo, ¡qué embriagador!» Es de ese modo como celebraba la borrachera del aire libre.

A continuación llegó la gloria y la fortuna, conquistadas gracias a un trabajo intenso y una perfecta habilidad en los negocios (no hay que olvidar que Maupassant era normando).

Los gustos entonces se volvieron más refinados. En lugar del Sena, necesitó el mar, como en su juventud. En lugar de *La Feuille à l'envers*, posee el *Bel Ami*.

Su pasión por los viajes se acrecienta, ésta es una necesidad de su temperamento. Se sumerge y se libra a excesos de todo tipo. Los viajes le permiten una inmersión momentánea en la vida sencilla, en la existencia animal. Visita Sicilia, Argelia, Tunicia, Italia e Inglaterra.

«Siento que tengo en las venas sangre de pirata. No tengo otro goce, en las mañanas de primavera, que entrar con mi barco en puertos desconocidos, caminar durante un día por un decorado nuevo, ente hombres a los que observo, que no volverle a ver, que abandonaré llegando la noche para regresar al mar, para ir a dormir, para dar el golpe de timón del lado de mi fantasía, sin echar de menos las casas donde unas vidas nacen, duran, se encasillan, se apagan, sin desear nunca arrojar el ancla en ninguna parte, tan dulce como sea el cielo, o tan sonriente como sea la tierra.»

Esta cita de los recuerdos de la Sra. de Maupassant, recogida por Lumbroso nos muestra bastante bien el modo en el que el escritor amaba los viajes, no por lo que se aprende ni por las novedades que encuentra, sino porque proporcionan la soledad, la salud moral y física.

Retoma la leyenda de la peligrosa evasión de Bazaine:

«Enseguida gané el abrigo de las islas y emprendí el paso bajo la fortaleza de Sainte-Marguerite.

Su muralla recta cae sobre las olas batidas por las olas y su cima no sobrepasa demasiado la costa poco elevada de la isla. ¡Se diría una cabeza hundida entre dos enormes hombros!

Se ve muy bien el lugar por donde descendió Bazaine. No había necesidad de ser un hábil gimnasta para dejarse deslizar por esas rocas complacientes.»

Maupassant rico y glorioso llega a la época dolorosa de su existencia. El joven hombre, apasionado de los ejercicios atléticos, cuidadoso de su fuerza y salud, se convierte en un enfermo, un misántropo solicitando socorro moral y físico en el éter, en la cocaína, en la morfina, en el haschis, en el opio. No es que lamente recurrir a esos excitantes artificiales y en *A Orillas del agua* habla de las «visiones un poco enfermizas del opio», pero siente que su vigor se extingue; ficticia o no, necesita la fuerza. Y, consecuencia de esta deplorable higiene, su cerebro se agota y la locura lo acecha...

Al mismo tiempo que sus fuerzas declinaban, Maupassant se pregunta de qué podían servir la energía, la salud y la bonanza física. En su estudio sobre Flaubert, deja escapar un lamento de enfermo:

«¿Las personas completamente felices, fuertes y con buena prestancia están preparadas como deben para comprender, penetrar, expresar la vida, nuestra vida tan atormentada y tan corta? ¿Están hechos los exuberantes, para descubrir todos los

sufrimientos que no rodean, para advertir que la muerte golpea sin cesar, cada día, por todas partes, feroz, ciega, fatal?»

Es del mismo modo como al final de su vida Salomón escribía: «¡Vanidad de las vanidades, todo es vanidad!»

Y esa misoginia que no utiliza a las mujeres más que para su placer, despreciándolas, se manifiesta en una negra misantropía.

¡Como maltrata a esa pobre humanidad moderna!

Pero hay que reconocerlo, Maupassant tenía razón el día en el que escribió esta página de *A Orillas del agua* que permanecerá como el programa de lo que físicamente el hombre debe ser y no ser. Esta diatriba de un enfermo que fue guapo y fuerte no nos parece, con el paso de los años, más que una razonable llamada en favor de la belleza corporal:

«¡Dios, qué feos son los hombres! Por centésima vez al menos, observaba en medio de esta fiesta que, de todas las razas, la raza humana es la más horrorosa. Y allí dentro un olor de gentío flotaba, un olor soso, nauseabundo de carne sucia, de cabellos grasos y de ajo, eso tufo de ajo que las personas del Midi expanden a su alrededor por la boca, por la nariz y por la piel, del mismo modo como las rosas arrojan su perfume.

Desde luego los hombres son todos los días tan feos y huelen todos los días tan mal, pero nuestros ojos acostumbrados a mirarlos, nuestra nariz acostumbrada a olerlos, no distinguen su repugnancia y sus emanaciones más que cuando hemos estado privados algún tiempo de su vista y de su peste.

¡El hombre es horrible! Bastaría, para componer una galería de ridículos, para hacer reír a un muerto, tomar a los diez primeros transeúntes que pasen, alinearlos y fotografiarlos con sus tallas irregulares, sus piernas demasiado largas o demasiado cortas, sus cuerpos demasiado gordos o demasiado delgados, sus caras rojas o pálidas, barbudas o lampiñas, con su aspecto sonriente o serio.

Antiguamente, en los albores del mundo, el hombre salvaje, el hombre fuerte y desnudo, era desde luego tan bello como el caballo, el ciervo o el león. El ejercicio de sus músculos, la vida libre, el constante uso de su vigor y de su agilidad conllevaban en él la gracia del movimiento que es la primera condición de la belleza, y la elegancia de la forma que solamente proporciona la actividad física. Más tarde, los pueblos artistas, prendados de lo plástico, supieron conservar en el hombre inteligente esta gracia y esta elegancia, mediante los artificios de la gimnasia. Los constantes cuidados del cuerpo, los deportes de fuerza y de flexibilidad, el agua helada y las saunas hicieron de los griegos los verdaderos modelos de la belleza humana, y esos artistas nos dejaron sus estatuas como información, para mostrarnos lo que eran sus cuerpos.

Pero hoy, ¡oh, Apolo!, miramos la raza humana agitarse en las fiestas. Los niños, ventrudos desde la cuna, deformados por el estudio precoz, embrutecidos por el colegio que les destroza el cuerpo a los quince años encorvando su espíritu antes que sea núbil, llegan a la adolescencia, con unos miembros indispuestos, mal conformados, cuyas proporciones normales no son nunca respetadas.

Y contemplemos la calle, ¡las personas que pululan con sus sucios vestidos! ¡En cuanto al aldeano! ¡Señor Dios! Veamos al aldeano en los campos, el hombre como un tronco, nudoso, largo como una pértiga, siempre torcido, curvado, más horroroso que los salvajes que se ven en los museos de antropología.

¡Y recordemos cuantos negros son bellos de forma, sino de cara, esos hombres de bronce, grandes y voluminosos, ¡cuantos árabes son elegantes de cariz y de figura!»

Nadie, incluso hoy cuando se comprende el rol social de los deportes, la importancia de la educación física, nadie sabría hablar mejor de la belleza humana.

¡Pues bien! ese Maupassant que acabamos de ver, lamentaba frecuentar la fealdad, ese Maupassant que practica todos los deportes de su tiempo no tiene términos lo suficientemente despreciativos para rebajarlos. Yo lo decía muy alto, Maupassant no es más que una anomalía, una contradicción deportiva. Fuerte y guapo, para morir debió haber pedido a Dios como el Moisés de Alfred de Vigny:

Déjame dormir el sueño de la tierra.

Tuvo que haber llegado a centenario y sin embargo murió loco en la flor de la vida.

Debió alabar los deportes y por encima de todos, los practicados en la Antigüedad.

En relación a los de su tiempo, léase lo que escribió en el prólogo de *los Tiradores a pistola*, del barón de Vaux:

« Es de destacar que uno está, en general, infinitamente más orgulloso de las superioridades físicas que de las morales. Existe en París un ejercito de artistas de gran valor, a quiénes su arte parece casi indiferente, que no hablan mucho de ello y parecen considerarlo como una simple profesión; mientras que uno no puede charlar diez minutos con ellos sin que celebren su fuerza y su destreza. Unos levantan pesas; otros practican esgrima; aquellos boxean o hacen piruetas sobre unos trapecios como unos gimnastas; desde que usted les ha sido presentado, le hacen tantear obstinadamente sus bíceps, o caminan sobre las manos alrededor de usted, haciendo de este modo muy difícil toda conversación.

Se podría incluso establecer una especie de clasificación siguiendo los oficios. A los pintores, en general, les gusta la espada y la practican con éxito, a imitación sin duda del Sr. Carolus Duran; los escultores son personas de fuerza, que prefieren la halterofilia, las barras paralelas y los trapecios.

Tan pronto como en la calle un coche cargado de piedras o un ómnibus lleno de personas permanecen inmóviles en alguna cuesta difícil, a pesar del esfuerzo de los caballos, se ve de repente salir de la multitud algún caballero muy elegante que se aproxima con aspecto tranquilo y agarra la rueda con gracia: y el coche de inmediato se pone en marcha, mientras que el salvador se pierde en medio de los estupefactos espectadores. Este hombre, ese caballero errante de las carretas atascadas, es casi siempre un escultor; y tiene más orgullo en el corazón, más íntima y profunda alegría, más vanidosa satisfacción en el alma por el ómnibus que ha puesto en marcha que por todos los legítimos éxitos ganados a golpe de cincel y de talento.

También tengamos cuidado cuando el azar nos pone en relación con algún artista cuyas costumbres nos son desconocidas. Seamos prudentes y circunspectos; no hablemos nunca de boxeo si no queremos recibir en la nariz algún formidable embate que nos muestre un golpe imparables al mismo tiempo que la potencia muscular de nuestro nuevo conocido.

No pronunciamos nunca la palabra «bastón», si no queremos ver a nuestro compañero apoderarse de inmediato del nuestro y explicarnos unos sabios ataques que arrojan al arroyo nuestro sombrero desfondado y nos hacen llover sobre el cráneo, a pesar de nuestros brazos extendidos, una lluvia de dolorosos golpes.

Ahora bien, de todos los ejercicios de destreza, no hay más que uno inocente, privado de todos esos inconvenientes, uno solo que no se puede ejercer contra el inofensivo espectador. Se trata de la pistola. Y he aquí porque debe ser puesto indudablemente en primer lugar.

Pero tiene todavía otras ventajas. Del mismo modo que la esgrima exige un estudio paciente, una rara habilidad, la pistola da, más que cualquier otro, la alegría de la dificultad superada, la sensación de la destreza triunfante; no exige ni contrario, ni

profesor, ni cambiarse de traje, ni movimientos desordenados; en fin, como está clasificado entre los ejercicios higiénicos, es practicado por el recién llegado.»

¡Pobres ejercicios higiénicos, os habéis ridiculizado de modo aristocrático! Pobre *Feuille à l'envers*, hermana de las yolas, cargadas de banderolas pretenciosos, de obreras endomingadas! Pobre caminata, deporte del excursionista! Pobre, pobre Maupassant!

Guillaume APOLLINAIRE

La Culture physique

Marzo 1907

Traducción de José M. Ramos González

para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

Texto original extraído de Les Articles Biographiques de la revista Maupassantiana de Noëlle Benhamou <http://perso.orange.fr/maupassantiana/>